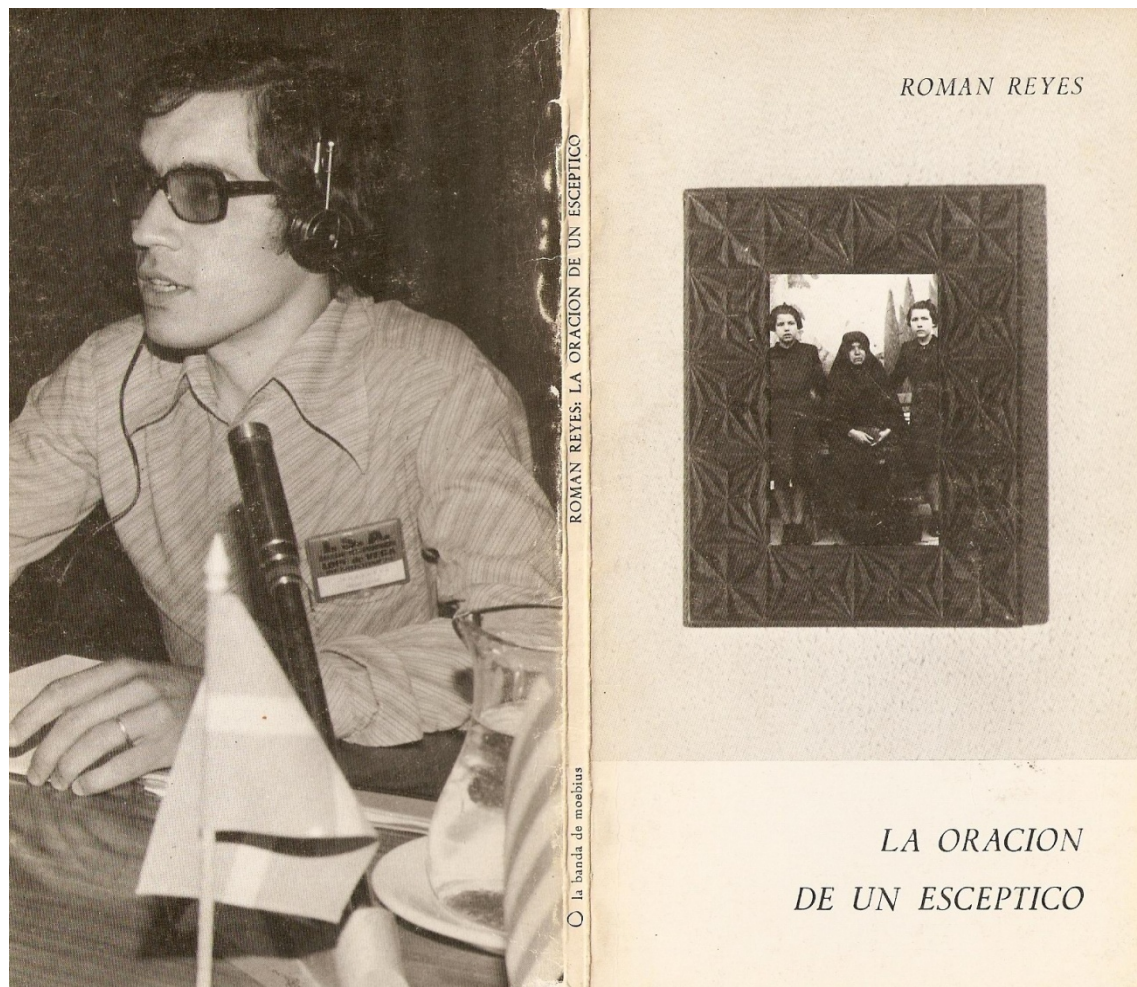






ROMAN REYES

LA ORACION DE UN ESCEPTICO

Imprenta FRAMA - Madrid

I.S.B.N.: 84-85283-02-3. - Dep. legal: M. 5.401-1977

DEDICATORIA

*A tí
que estás a la espera
sin desear nada . . .
que me amas
cuando no estoy . . .
que lloras
y hasta mueres en silencio
por no interrumpir
mi sueño*

I. PARTE

PALABRAS DEL CORAZON

I.— EL POEMA DE LA ROSA

Podrás ocultar su perfume
su lozanía, su sonrisa . . .
Vagan sin cesar
—muy cerca de tí—
olores a gente que pasa . . .

Podrás olvidar su color,
su mirada, su esplendor . . .
Nublan por doquier
tus ojos
la oscuridad del bullicio.

Podrás confundir sus pasos,
sus caricias, sus palabras . . .
Rozan tus manos
y tu cuerpo
el calor del agobio

Podrás no sentir su espera,
el amanecer y el ocultarse
de sus encantos.
Ya no naces con el día
y nos dejas
antes de llegar al jardín.

Pero la rosa —tu rosa—
seguirá ahí.

* * *

Habrán vientos y fríos,
largas horas de duda . . .

Vendrán nuevos jardineros
al atardecer
y aguas extrañas
ahogarán su soledad.

Pero la rosa —tu rosa—
seguirá ahí.

* * *

Una noche
no se escucharán los pasos
de un viejo amigo,
dulce “jardinero invisible”.

El cielo guardará sus estrellas
y la luna
marchará triste . . .
Oirás voces
que más aúllan que lloran
y un ruido ensordecedor
que se aleja . . .

Tal vez, entonces
tu rosa haya muerto,
—eterna expresión de una espera—
porque ha querido huir contigo.

II.— ESPERAR

Y cuando llegue la noche
deja que tus ojos se apaguen
lentamente . . .

Vuela. Rompe el silencio
de las montañas
y alumbra la falsa oscuridad
del cielo.

Después . . . espera.
Espera un nuevo día sin luz
y sin gente.
Espera la sonrisa que no vuelve.
Espera la lejanía cercana
y una mirada perdida . . .
y una palabra amiga . . .

* * *

No temas la soledad de los valles
ni las caricias del viento
son mensajes de espera.
Sentirás un vacío profundo:
estás solo.

Ya no gritan, corren, ríen . . .
a tu lado.

La tarde pasó con su bullicio
y las flores han perdido su perfume.

Ha llegado la noche:
La noche de hoy y de siempre.
Espérala cuando te cansen los días.

Porque hay una estrella amiga
que vigila . . . eternamente
siempre que llega la noche.

III.— SIEMPRE QUE ALGUIEN SONRIE . . .

Cantar. Se hace . . .
sin importar dónde y cómo.
¿Hay tiempo?
Tampoco se oye el tic-tac
que preludia una melodía
o que acota una danza.

Sé que existe un alguien
que canta a mi lado.
Hay sonidos que perfuman
nuestro mundo.
¿Anonimato?
Tal vez la alegría
no tenga nombre.

* * *

Hubo un amanecer silencioso,
pero aquella vez
fueron armonía las montañas.
Llegó una tarde solitaria,
pero los árboles acariciaron
la sonrisa de los niños.
Vivió un hombre triste
y mil voces le recibieron y le dejaron
y hasta le amaron! . . .
cantando.

* * *

No sé sin son hermosas
las estrellas sin luz,
o si nos riegan ríos sin agua;
sin duda los árboles
no dan sombra sin follaje,
ni llegaría la mañana sin sol.
Sólo sé que un hombre
está entonando al vivir
una canción, al unísono . . .
que no compone solo.

* * *

Siempre que alguien sonríe,
siempre que alguien piensa,
siempre que alguien habla, camina, llora . . .
hay una melodía que se repite . . .
cada vez más nítida y amiga.

* * *

Cuando un hombre deja de cantar,
ha enmudecido el Universo.
Tal vez, entonces,
las flores y los pájaros y el viento
recojan nuestra música
y la guarden con mimo . . .
hasta que un día los hombres
decidan volver a encontrarse.

IV.— UN DIA SUBI A MI MONTAÑA

Y subir, subir:
la montaña es alta.
Llegar
y no sentirse ave.
Mirar alrededor,
correr
y no haber más alturas.
Esperar
y no ver al sol ya más
en el horizonte.

* * *

Y yo subí a mi montaña
y ví más montañas.
Eran siete.
Estuve en lo alto
y no sentí frío;
ni el aire movía las hojas.
Y los niños corrían . . .
sin hablar.
Pasé por allí
dos veces
y no sonreí al llegar.

* * *

Un día comencé a hacerlo
y subí, subí . . .
y hasta no había montañas
al llegar.

* * *

Y yo subí a mi montaña
y ví más montañas.
Eran siete.

V.— YO SEGUIRE VIAJANDO

Marchar
y dejar Bruselas.
Es necesario huir
y al mismo tiempo
quedarse.

Amo al tren que me aleja
pero también deseo
la angustia
que me acompaña.
Y hasta me es posible
gritar:
Soy feliz!

Rue de l'Eglise,
la ilusión perdida.
Tervuren,
la soledad recuperada.
Avenue Orban,
la sonrisa que no vuelve.

No quiero
abandonar este tren.
Esperar, vivir y morir
mientras se aleja . . .
Identificarme con él
y ser viajero
del ahora de hoy
y de después.

No sé si algún día
termina mi viaje.
No sé si Bruselas
volverá a estar tan cerca:
Nunca sabré si por fin
Marie France
ha despertado.

Yo seguiré viajando
como siempre
y como el viento
volveré a estar
aquí y allí,
hasta que . . .
un día
deje de haber después.

VI.— YO ESTABA ALLI

La tarde quedó a oscuras
y temí su soledad.

Ya no escuché los cantos
de las montañas
ni la alegría del Rin.

Hubo un silencio de pronto
y lentamente
enmudeció la sonrisa
y se marchó.

Yo estaba allí.

Y vi las flores . . .
y hasta las flores
guardaron su belleza.

Y las aves marcharon
antes de llegar la noche.

También yo estuve allí..

* * *

Miré sin ver
y esperé sin tiempo:
mi paisaje,
las cosas de hoy y de siempre
también estaban solas.

Tal vez
se produzca el milagro . . .

Acá, tan cerca de mí,
como yo mismo
comienza la agonía,
la misma de ayer
y de mañana . . .

Y mi espera,
dulce expresión de mi nada,
se confunde con mi sueño.

* * *

No hay palabras amigas
ni ilusiones, ni recuerdos . . .

Sólo el vacío de mi mundo,
la ironía de mi silencio,
y la oscuridad recuperada,
me acompañan indiferentes.

Ellas resucitan
la angustia que no hiere,
la vida que no existe,
y la sonrisa perdida
para siempre.

. . . y yo seguí allí.

VII.— . . . Y SOÑAR, SOÑE QUE ESPERABA

. . . y soñar.
Pensar
que sonríes cerca.

Ver
que no hay tristeza
en tus ojos,
ni amargura
en tus labios.

Y hasta creer
que tu adiós
no termina,
que fue caricia
y el mío ilusión.

Yo soñé una vez
no ser canto rodado
ni flor marchita
ni agua estancada.
. . . y soñaba.

* * *

Aquella noche
nació
una esperanza nueva,
diferente.

Cantar.
Y hasta las estrellas
cantaron
y los montes y los árboles
... y yo canté con ellos,
sin tiempo.

Y hubo también una mirada
larga
como tu pelo ...
hasta que lentamente
la tarde
murió sonriendo.

* * *

... y soñar.
Pensar
que tal vez no vuelvas
que ames en silencio
y a lo lejos.

Temer
que tu voz calle,
que duerman tus ojos,
y tus manos
... y hasta tu cuerpo.

Un día soñé que esperaba
y soñé
que esperar soñaba
... eternamente.

VIII.— EL MAR, LA BRISA Y MI PLAYA

Y te vas.
Siempre te marchas,
antes de llegar a la orilla.

Sueñas,
no dejas de hacerlo,
y sonríes.
Estás allí ... en tu barca,
cuando el viento llega
me aparta
y me retiene con fuerza.
Y la brisa pasa
y te acaricia;
esparce tu pelo
y te besa con mimo;
y hasta tu cuerpo
se estremece
y tiembla.

Y yo quedo,
mientras te alejas
sin brazos
mientras tu mirada se pierde ...

El agua ya no es amiga,
pero es mi playa.
Sé que el silencio comienza
y hay incertidumbre
allá, en tu lejanía.

Y yo quedo
a solas, como otras veces;
y como siempre
allí también espero . . .
mientras mi vida pasa,
mientras tú no estás.

Y mis fuerzas se apagan,
mis ojos te buscan.
Y mis brazos
lentamente se extienden
hacia ti,
hacia el vacío.
Y mis manos te encuentran,
te tocan y te aprisionan
y hasta mi cuerpo
te abraza
en la oscuridad.

Te quedas conmigo
y en silencio,
porque ha llegado la noche;
velando mi sueño
y feliz,
porque he vuelto a la vida;
llorando,
porque el sol está ya cerca.

Y te vas.
Siempre te marchas,
antes de llegar a la orilla.

¿Por qué?

IX.— MI ADIOS

Decir adiós y quedar
quedar.

Sonreír
y no poder besar.

Mirar y volver a hacerlo
y hasta soñar.
Soñar que quedo
y no puedo.

Verte por doquier,
hablarte
y escuchar tu voz.

Sufrir
por no tenerte.

* * *

Cuando llegue mañana,
mañana será después
y nunca ahora.

Yo quisiera
destruir el tiempo
y esperar,
detener las horas,
tu sonrisa y tu sueño.

Yo quisiera
ser mundo y envolverte,
ser aire y besarte
y hasta ser luz
para tenerte.

* * *

Cuando llegue la tarde
no habrá llanto
y sí rocío,
y una montaña
sola pero amiga
y un adiós
que comienza
y comienza . . .
porque no quiere morir.

MI ESPERA

Yo sé de un día sin sol
y sin estrellas,
y hasta de hombres
que lloran en silencio.

Hubo una vez uno,
muy pequeño
—tenía nombre de flor—
que buscó amor y marchó.

Pasaron días y meses,
sin duda no pasaron horas . . .
y una voz amiga pero lejos
vigilaba siempre su andar.

Y caminó mucho.

Un día la brisa le detuvo
en el desierto,
y hasta el mar y las montañas,
que llegaron pronto,
le besaron dulcemente.

Cuando mi amiga
—porque yo cultivé aquella flor—
abrió sus ojos,
vio gente distinta,
ríos nuevos y valles jóvenes.

Vistió su traje largo,
brillaron sus ojos y su cara
y comenzó a andar conmigo.

Ahora sí que fue de día:
una mañana
que vivirá siempre,
un sol
que alumbrará eternamente
y un adiós que por fin se pierde
en el silencio,
en el vacío del absurdo,
de la incompreensión y del desamor.

* * *

Cuando llegue ese día
te besaré sin tiempo . . .
porque mis labios
no quieren decir adiós.

II. PARTE

PALABRAS DE LA RAZON

I.— LA EXPRESION COMO MENSAJE

A propósito de verse frente a un idioma diferente, es fácil preguntarse por el dinamismo humano de la expresión.

¿Tiene sentido la expresión aislada, reducida a ella misma? Con otras palabras, ¿qué nos queda de una expresión atomizada, independiente de la variedad de matices que el hombre aporta cuando las usa?

Indudablemente, detrás de cada palabra que el hombre pronuncie, existe un mensaje oculto, un campo de referencia que no se reduce al mensaje mismo y que ni siquiera puede traducirse totalmente por medio de la expresión misma.

Digamos que la ‘expresión pura’ es expresión de nada. El hombre es quien da vida a unos signos, que a fuerza de utilizados por él, toman la sacralidad de humanos, pero que en sí son puras formas . . . o bellas formas, según desde dónde se contemplen.

Esto nos lleva a un viejo problema, nada menos que al problema, o mejor a la pregunta por el otro. Se cuestiona aquí, como puede enterverse, el problema de la “incomunicación”.

¿Cuál es la esencia de esta barrera? Posiblemente el ser humano se defina en un primer momento como ser “incomprensible”. Sólo a partir de aquí es posible “poner” el resto . . . aunque por parte de los otros. Es decir, aquello que me haría descubrir en una persona determinada a “mi amigo Juan” p.e.

Pero además, o mejor, a pesar de la idea de hombre, existe el hombre. Es decir, puedo com-

prender al hombre, pero nunca *vivir* al hombre. Y por suerte, el hombre es más vida que razón.

Pero, ¿qué es vida? De nuevo me veo obligado a volver al principio, al campo de la comprensión y de la fe y decir que la vida es un “mensaje”. Quien reciba este mensaje, parece ser ocupación y problemática de toda la ciencia antropológica. Como punto de partida sólo puedo decir con certeza que la vida es un “mensaje para mí”. Necesito de signos y hasta necesito de mí como signo, mientras me descubro vivo para seguir viviendo. ¿Es además mi vida un mensaje para los otros? Dejemos a la especulación y a nuestra fantasía que juegue su papel. De sueños también se vive.

Pero más que soñador sé que soy un dios que no cesa de crear. Decir “una” palabra es pronunciar “la” palabra. A continuación el mundo es diferente; al menos mi mundo. En el fondo, toda proyección tiene pretensiones de comunicabilidad, o mejor de penetración.

¿En qué consiste una penetración humana? Sólo sé que me es trampolín de acercamiento, no sé a dónde, pero sí cómo. Más bien me resulta un formulismo, una idea tipo, una forma paradójicamente difusa, pero necesaria y moneda corriente.

¿Hay certeza de la penetración? Me gustaría responder sencillamente “no”, pero he de confesar que no me satisface la forma de zanjar el problema.

Sé que existen dos clases de “respuesta”. La respuesta “espontánea”, que es producto del condicionamiento socio-cultural, psicosomático o emotivo sin más; y la otra clase de respuesta,

más interesante para el tema que nos ocupa, la respuesta “obligada”. Sin duda este reflejo, es la garantía más deseada.

La reciprocidad de la expresión nos puede poner en camino de la objetividad de la comunicación.

La cuestión queda insoluble si nos preguntamos por la esencia de la penetración; o en el lenguaje de la calle, el cómo, cuándo y dónde se realiza el milagro: ¿La penetración es *total* o llamamos penetración al estímulo que motiva el comienzo de un “proceso de cambio”?

De todas formas y volviendo a retomar la “palabra”, aparece ésta como la comunicabilidad del misterio, nunca del campo vital de la persona. La vida deja de serlo cuando queda al descubierto. Hay una barrera impenetrable, pero que al mismo tiempo deja entrever el “más allá”. Nos domina una pasión sobrehumana que nace paralela y que nos obliga constantemente a desvelar lo que a fuerza de poseerlo deviene incomprensible.

Creo que mi vida acepta la estructura que la define. Sin embargo descubrimos dos estructuras, la del yo que vive y la del ámbito, para, en y por el que vive. La estructura de mi vida pertenece a la estructura de mi mundo. ¿Es posible una “tercera estructura”? ¿Hay realmente un *mundo de los otros*?

Con frecuencia nos encontramos a solas —¿será también la soledad un elemento constitutivo de nuestra esencia?— y desaparece la fuerza del misterio. Es entonces cuando se hace necesario “utilizar dioses diferentes. Y comienza la agonía. Pero el misterio solamente es vida cuando se descubre en uno mismo. Yo sólo puedo descubrir

“mi” misterio; el misterio que me hace así y en este momento. “Mañana” es tan sólo la ilusión de un vacío.

Cuando la palabra pretende sustituir al misterio, preconiza la espera. Pero la espera destruye al hombre al quedar su mundo violado: en él se instalan dioses extraños que fecundan su misterio con la apariencia de humanos. Un día diferente y el tiempo perdido acotan y definen mi mundo, pero sin ponérmelo al alcance para fundirme e identificarme con él.

De esta forma el lenguaje de la espera se convierte en la expresión de una oscuridad recuperada y de una vida perdida para siempre.

II.— LAS FORMAS ANIMICAS

Formas. Hay muchas formas. Hablamos de formas puras y hasta de formas convencionales, como si fuese posible crear una forma.

¿Dónde están las formas? Inevitablemente la forma me remite a la Geometría: y las formas matemáticas son simples estructuras conceptuales; necesarias científicamente, por supuesto, pero “bien de uso” en definitiva.

Simultáneamente y además de las formas neutras detectadoras de la realidad objetiva, existen formas vitales: el llanto tiene una forma, la sonrisa, la tristeza y la muerte y hasta el canto de los pájaros, el ruido del viento y la soledad del bosque.

Vamos a remontar el tema y preguntarnos sin más por las formas puras. Es decir, ¿se da una forma sin determinación formal? Y la otra cuestión paralela, ¿son las dimensiones psicosomáticas, culturales, emotivas o climatológicas las que “constatan” las formas anímicas?

En definitiva yo me encuentro de llano ante la realidad formalizada. O mejor, es posible mi acercamiento al mundo de afuera porque éste se me presenta en categorías formales que reconozco.

En este instante es posible el análisis: ¿La forma es *descubierta* o creada por el “momento” que la informa? ¿Qué papel juega mi presencia positiva en la formalización de la realidad?

Las formas posibilitan las cosas: los seres que son y los que están ante mí. ¿Son las formas ga-

rantes sólo del “estar”? Sin embargo, a través de la posibilidad de mostración de las cosas que están frente a mí, yo llego a las cosas mismas.

¿Pero qué son las “cosas mismas”? ¿Es que hay algo más allá de las formas que me permiten *estar situado* así y ahora?

Sólo tengo certeza de la forma compleja que soy. ¿Es posible la reducción a una única forma de la realidad que constato?

Tal vez ahora sea conveniente la pregunta radical: ¿Seré yo la *única forma*?

La comunicación resultaría así una trasposición: ¿Qué se entendería entonces por “sobrepasar la forma”? Es evidente que necesitaríamos nuestro contorno. Con todo, ¿es que la forma “libera” o por el contrario incoa un proceso de “anulación”?

Sé que las formas remiten a algo. Qué sea y dónde esté ese contenido que apetece, es nuestro problema.

La pregunta fundamental vuelve a aparecer amenazante: ¿Qué informan las formas? Para dejarnos abandonados en la incertidumbre de nosotros mismos: ¿Existe un contenido de la realidad? Así nos quedamos sin saber si son las formas las que palpamos o hacemos formas al pasar.

III — EL UNIVERSO DEL OTRO

Creo en la presencia del otro. Y casi es preferible callar a continuación.

Sin duda la cercanía nos deslumbra: nos despojamos de nuestros simbolismos mágicos y quedamos al desnudo frente a la otra persona. Todo ha sucedido rápido. El ascenso a nuestro mundo de creyentes nos va a resultar costoso.

Cuando se está ante un cuerpo desnudo se pierde la dimensión de tú. Las cosas grandes sólo se comprenden desde la lejanía.

Indudablemente es imposible “poseer” al otro. Sin embargo, necesito del otro. Es una pasión y una encantadora razón de ser y de estar.

Pero mi “tu” que busco sólo se alcanza desde la intimidad del “yo” que soy ahora.

Sólo hay garantía de *disfrute* cuando, a su vez, el otro se mantiene allá, encerrado en su yo.

No hay una tercera salida: mi mundo o es un paraíso de contradicción o la nada de mi ilusión. Un día diferente no llegará nunca a poner “orden” por más que experimentemos “ya” su presencia . . . a fuerza de creer y esperar.

El “conflicto”, mi conflicto sólo está aquí: yo soy conflicto. Y porque puedo constatar mi lucha, puedo asimismo afirmar con certeza que vivo “ahora” y al lado del otro.

Pero existe tan sólo un “yo” frente a un “tu” único. La colectividad o la comunicación asociativa no es más que el contacto con la dimensión de totalidad del otro. No se aborda el mundo desde mi mundo, sino desde el universo del otro.

La pretensión “yo-vosotros” es la ilusión frustrada de un “yo-(tú+nada+tú)”. Tal vez resulte más agradable hablar de “comunicación en cadena”: yo-(tú₁-tú₂-...-tú_n)” olvidando así los saltos o contrastes de la colectividad. Sólo que entonces la implicación misma es el equivalente experiencial de la dimensión rechazada “...+nada+...”.

Sin embargo, la dimensión de otro que el tú posee no es una dimensión total, neutralizada por las dimensiones similares existentes.

No existen cesuras. Mi otredad se confunde con la del tú frente al que estoy situado, pero sin que haya anulación: Esta comunicación es a nivel de existencia, no de ser. Mi vida y el dinamismo existencial del otro son garantes del salto que se realiza. Y es precisamente en este punto, cuando la fe ha conseguido *crear*. Pero mi creación nunca será un proceso consumado: No se crea totalmente, sino que se descubre uno a sí mismo en el momento preciso en que realiza el milagro.

La búsqueda del “mundo perdido”, el reajuste de mi personalidad violada por la presencia de los otros, es el proyecto de cada hombre en particular.

El problema queda a nivel de métodos: ¿Cómo es posible la ‘concreción’ del tú? En otras palabras, ¿cómo puedo “estar” con los otros en un momento determinado, en el lugar y a la hora que los necesite, sin *poseerles* totalmente?

Me temo que esta cuestión no va a resolverse con palabras: tal vez ahora sea preciso convencerse de que el mundo más que explicarlo hay que transformarlo, sabiendo vivir y morir en él.

IV.— EL ENCUENTRO

Encuentros. Tenemos a diario muchos —bueno, al menos eso creemos. Hay encuentros amorosos, científicos... Nos encontramos con un amigo, un familiar... Encontramos un objeto perdido, una casa abandonada... En fin, otro de los muchos términos polivalentes del lenguaje. Y equívoco —ya lo creo—.

Lo grave es que los anteriormente descritos sólo participan del “encuentro” por una analogía —por cierto, muy elemental—. Al expresarlos podemos utilizar otros términos que los acoten mejor. En los encuentros amorosos, por ejemplo, sería más exacto hablar de “descubrir”. En los científicos lo podemos hacer con más propiedad, aunque sería útil ampliar la comprensión de estos dos tipos de encuentros hablando además de “inmediatos” para los primeros, “esperados” los segundos.

Encontrarse con un amigo o familiar supone tanto como “tropezar con”. Los encuentros en este sentido pueden ser hasta inconscientes o irracionales, como el “sorprenderse hablando” —a veces, amando—.

Para entendernos, vamos a llamar secundarios a los encuentros hasta ahora analizados.

¿Qué es, pues, un encuentro primario?

* * *

Si somos sinceros observaremos que al hablar nos preocupan más nuestras palabras —son “nuestras”— que la persona a quien las dirigimos.

Cuando “hacemos algo” cuidamos más la *hechura* de nuestra acción frente a la proyección que pudiera tener sobre los otros.

Si amamos, nos interesa enriquecernos con el rebote de nuestro amor, antes de ser una entrega que no se apoye en la compensación.

Pero lo grave es que nuestro egoísmo es más profundo y contradictorio: en realidad no sabemos ni siquiera hablar, si por ello entendemos el medio más completo de comunicación humana; ni sabemos actuar en y para . . . ni amar, a pesar de lo fácil que nos lo pregonan.

Cuando hablamos intentamos hacerlo con nosotros mismos: nos gustaría que nuestras palabras tuviesen en los otros el mismo grado de comprensión, emotividad, calor . . . que tienen en nosotros. Al hablar nos alegraría ser al mismo tiempo “nuestros oyentes”.

Cuando “hacemos” preferimos actuar ante nosotros. Es decir, ser a la vez sujetos y objetos de relación.

Cuando amamos, ha de enriquecerse por ello mismo nuestro ser que ama. Y nuestro amor cobra sentido, e incluso el amor de los otros hacia mí, mientras mi “industria amorosa” no presente quiebra.

Aquí no existe pues, la relación fundamental “yo-tú”; ni siquiera la relación intencional “yo-ello”, por la que me pongo en contacto con las cosas o con una cosificación de los otros.

La única relación existente —paradójica relación interpersonal— es un soberbio “yo-yo mismo”. Es una especie de narcisismo secundario, para utilizar la terminología freudiana, que

anula nuestra verdadera esencia: Anula nuestro yo, porque éste no tiene sentido pleno sin una dimensión activa hacia el otro. No existe un yo absoluto. Mi yo es auténtico cuando existe un tú en reciprocidad con él.

Si preguntásemos a un científico, a un teólogo y a un filósofo por la consistencia de la vida, no tendríamos respuestas intercambiables, ni siquiera complementarias. Cada cual juzga su mundo con el prisma que le ha sido dado: El científico la definiría como una complicada red de combinaciones biológicas, físicas, económicas, políticas . . . El teólogo intentaría utilizar la descripción del científico “ampliándola”; hablaría además de su *sentido* y lo encontraría en un Dios actuante y vivo . . . ese “a priori” latente en toda realidad cuantificable, experimentable . . . y en las otras que escapan a esta matematización.

Al filósofo, en cambio, no le sirven los presupuestos científicos cuando intenta presentar el ser de la vida; la inmanencia y trascendencia teológicas las consideraría alienantes. Se pararía en seco ante el ser . . . frente al primer hombre que pasase por la calle o que hablase con él. Y diría que la vida consiste en sentirse abarcado por el tú, quien a su vez está constantemente envolviendo al yo.

Se le podrá objetar — al filósofo— que esta relación no se verifica en el plano de “lo real”, que la experiencia nos presenta a un hombre — y especialmente al ciudadano de hoy, fuertemente condicionado por la tecnocracia— viviendo en un asombroso silencio, en una soledad profunda y desgarradora.

Pero el filósofo vería esta objeción como la prueba más radical que apoye su postura: preci-

samente, cuando el hombre es capaz de captar este silencio en un vacío absoluto, cuando el hombre llega a vivir la profundidad de la soledad humana —ese saberse “arrojado en y para”— es entonces cuando en realidad se abre al tú al encontrarse consigo mismo.

Dialogar en silencio, actuar en la oscuridad, amar en soledad . . . son binomios no conciliables para el positivista de la calle: por eso desconfía de la fuerza de su palabra, de la eficacia de su entrega, de la veracidad de su amor. El que sabe de fuerzas irracionales, de eficacia y de verdad, ése entiene el lenguaje que compromete y une.

V.— LA ILUSION PERDIDA

Me pregunto por el contenido emotivo de una melodía siempre que llega como “mensaje para mí”.

Ciertamente hay trasposición experiencial, pero, ¿está en juego una experiencia *frustrada* o *disfrutada*?

Se que “a posteriori” el proceso de identificación o de intelección del mensaje me lleva a “sacralizar” el momento y el lugar. Pero sacralizar no es un proceso de vida: la melodía se encuadra en un marco que sólo gana su “tipo” después de concluida la función.

Y de aquí que la esencia de la “satisfacción” haya de estar o en el goce no consumado o en el placer que tan sólo llegamos a *pre-sentir*.

La conclusión podría ser paradójica: ¿Es la ilusión perdida el equivalente de la felicidad del hombre?

Se habla del hombre-frustración. ¿Cómo es posible una frustración continuada? En definitiva, ¿cuál es el objeto de la frustración? ¿Yo?, ¿los otros? ¿La relación yo-tú? ¿Y el *sujeto activo* de la frustración?

Por otra parte, ¿se goza inmediatamente la frustración o es necesario un proceso de gestación?

Pero en este punto nos vemos obligados a retomar el tema y preguntarnos sin más por el dónde y cómo del ser de una “generación”.

VI.— LA COSA I

¿Qué importancia tiene la cosa en relación con las adquisiciones del Espíritu?

En realidad, la vida del hombre cobra sentido por su vivencia en las cosas: éstas definen al hombre, las cosas de un tiempo concreto y de un lugar determinado.

El hombre “desparrama” su vida al pasar y se apodera así del mundo que le configura: yo soy algo más que el momento, el lugar y los sentimientos que ocupo y padezco aquí y ahora. No existe un “hombre total” ajeno a la creación que realiza a cada momento.

Resulta así que esta inmersión en la cosa es la concreción de la vida del hombre. El tiempo y el espacio nos son absolutamente necesarios para una “posesión” de nosotros mismos: la radiografía de mi vida es el análisis de mi creación y de mi trabajo y toda mi actividad es energía productiva: yo creo al ver y al caminar tanto o más que al pensar, esperar o creer.

Cuando un hombre piensa, espera o crea, hay siempre un soporte vital en donde se justifica el “qué” de su actividad psicológica. Y este soporte es la cosa.

VII.— LA COSA II

No veo más allá de este andén, de ese tren y de aquellas casas que contemplo ahora. Ni siquiera hay horizonte: más allá de esas casas no hay algo ajeno a mi posesión real de las cosas que están ahí . . . para mí.

Ni podría hablar en serio de horizonte, porque es simplemente sinónimo de nada. Horizonte y nada es lo mismo: después de pronunciadas estas palabras nada queda ante nosotros . . . sin que esta nada presuponga ausencia de algo.

Cuando estoy así, ante el mundo de mi *momento concreto*, entonces puedo decir que vivo. Vivir es estar limitado, pero quien limita son las cosas que me definen: poner límites no es quitar existencias:

Yo sólo soy lo que descubro al ver con mi cuerpo.

VIII.— NADA ES EXTRAÑO

Y hasta es posible sonreír. Aunque mi sonrisa sea una sonrisa amarga y se cruce constantemente con el miedo. La muerte, la idea de la desaparición total, ronda mi vida, mi atmósfera y hasta la descubro en los labios que acaricio.

Siempre hay que marchar. Pero todo cambia cuando ya estoy en camino. Antes era triste, casi lloroso . . . ahora, sin dejar de serlo, no hay sufrimiento.

He incorporado otra "anomalía" y casi me arrepiento al escribir: en el fondo, nada hay absurdo . . . todo obedece al ritmo de un bello destino, de un dulce proyecto, de un difícil caminar sin saber hacia dónde ni cómo . . .

Toda da igual y es importante al mismo tiempo. Y nada es nuevo, aunque cada instante es diferente.

Nada es extraño en este mundo . . . ni este país, ni estas ventanas, ni este tren siquiera, porque todos, absolutamente todos somos hermanos de un mismo destino . . . dulce destino, porque es mi destino.

IX.— CREO EN LA MUERTE QUE AGUARDO

Al hablar de . . . muerte, es fácil que nos acompañen sentimientos complejos. Parece que nos adentramos en un mundo de lo absurdo, de la fatalidad, del miedo . . .

Pensamos en la desintegración de la materia —proceso que aparece con evidencia empírica— Y, sin duda, no quisiéramos pensar en esa —aparente, al menos— anulación de la persona.

Me gustaría introducir la concepción de "procero". La muerte vendría a ser "el final de una etapa", final que implica "acabamiento" —el momento del detallismo— más que destrucción.

Es decir, la muerte cobra sentido, cuando la vida que acaba ha sido vivida intensamente —en mí y desde mí mismo, con los otros y para los otros—; cuando lo absurdo ha sido superado y valorado positivamente; cuando mis palabras se hicieron pobres ante la expresividad de mi vida cuando mi soledad y mi silencio pasaron de ser deshecho de mi vida a soporte de la misma; cuando la paz no me supuso reposo y comenzó a serme lucha y espera.

La muerte asusta cuando no ha habido vida: porque supone acabar lo que no se ha empezado.

No es el final de una ilusión: toda ilusión tiene su fin en su misma esencia.

¿Es el final de la persona? Sinceramente no me ilusionan las respuestas clásicas: "hay otra vida" — "vita mutatur, non tollitur", oíamos no hace mucho tiempo— de un lado, otros dicen: "todo tiene su fin". Respuestas que considero, evasiva, la primera demasiado escepticismo en la segunda.

"La muerte es necesaria para que haya vida". Tesis que mantienen por igual las diferentes ideologías... Cada una de ellas no obstante, ha hecho un análisis diferente de los conceptos utilizados: muerte, necesidad, vida.

La muerte parece que se opone a la vida. Esta oposición nos llega como fatalmente necesaria. Es el análisis de la experiencia de los días: las cosas y dejan de ser ante nuestros ojos: un árbol, una empresa, una mirada...

Pero las cosas son sólo eso: existen; dan lo que tienen: una existencia pasiva, meramente positiva. Están ahí.

Indudablemente también el hombre participa de esta existencia empírica pero su existir es de otro orden: el hombre que "está ahí" simplemente, muere también simplemente.

El hombre que además de ser cosa es persona, existe de otra manera. Esta existencia puede ser un "saberse yo mismo en y para" —en el sentido más profundo de inmanencia y 'engagement' que estas preposiciones encierran. Es... saberse individuo en un mundo y en un ambiente diferente: saberse individuo para que los otros puedan descubrir la individualidad que les "define" —limita, acota, destaca— al mismo tiempo que les ata.

Es una dependencia que implica la liberación; pero una dependencia que es constante y no se agota. Por eso la liberación es cada vez mayor, sin que lleguemos nunca a sentirnos saturados por ella.

Pero el hombre no deviene en Dios: Hay un momento que limita esa su capacidad de asimi-

lar —nunca de aceptar— la liberación progresiva que construye. Es una intuición de impotencia que se abre a la autoconciencia de absoluto a la que ha abocado su vida.

La muerte es así la confirmación más radical de la vida. La muerte de cada hombre se presenta entonces necesaria para que los otros sigan su proceso de liberación.

* * *

He de confesar que me angustia el sólo plantearme esta cuestión. Reconozco que es difícil una aceptación total de sí mismo, que preferimos seguir regando "nuestro jardín".

Pero la muerte no es sólo "la " muerte; es también "mi" muerte. He de hacer mío —consciente, vital— este determinante que configura mi esencia.

La muerte no me sorprenderá si sé amar plenamente la vida. Amar plenamente, no tanto en cantidad —es mejor poseer lo pequeño, lo imprevisto... — cuanto en intensidad.

Amar la vida supone amar la muerte. La muerte no se "añade" a mi vida: mi vida existe con la muerte. Si me aísla de la muerte, peligra la sinceridad de mi vida.

Hasta es posible que no exista sinceridad cuando intento "explicar" la muerte. No explicamos la vida para seguir viviendo o para amar esa vida. Vivo y amo sin más. Y porque logro vivir y amar sin más, soy feliz.

Pero la vida he de vivirla intensamente si es que quiero *experimental*, sentir la vida.

Una vida que se proyecta en el futuro . . . en una realización límite, pierde su verdadera esencia. La vida es vida cuando es esperanza — es cierto— pero la vida deja de serlo, cuando se sintetiza en la espera.

La vida precisa una fuerte dosis de fe en ella misma. Ha de tener una dimensión “total” con los otros . . . porque mi vida es *vida en este mundo y con estos hombres, en este lugar y para este momento*.

La muerte significa así la plenitud de mi evolución hacia la pancosmicidad; la realización de mi esperanza y la evidencia de mi fe.

EPILOGO

MORIR . . . AHORA

Morir . . .

Yo sé que ahora no importa,
pero tengo miedo.

Las flores y los hombres
se han marchado
y yo quedo.

Caminar,
huir por el campo desierto
sin decir nada . . .
sin llorar.

Y hasta sonreír,
y besar y amar . . .
sin tener nada.

Y no poder sufrir. ☹️
Un día soñé ser feliz
y estaba solo.

Un día quise llegar
a tu mundo
y sólo abracé tu recuerdo.

Cuando la noche pase
tal vez mi sueño
termine.
Pero yo quedaré.

* * *

Ahora . . .
Hoy me es difícil hablar
y hasta temer las sombras
y callar.
Callar porque hay silencio.

No viene nadie
y mi poesía se marchita.

Morir . . .
sin que llegue ahora.

CUANDO Y DONDE

1970. Junio: Tenerife
"Esperar"
1970. Diciembre: Madrid
"El poema de la rosa"
1970. Diciembre: Madrid
"Creo en la muerte que aguardo"
1971. Febrero: Madrid
"Siempre que alguien sonríe . . ."
1973. Febrero: Bonn
"Yo estaba allí"
1973. Febrero: Bonn
"El mar, la brisa y mi playa"
1973. Febrero: Bonn
"La expresión como mensaje"
1973. Febrero: Bonn
"Las formas anímicas"
1973. Febrero: Bonn
"El universo del otro"
1973. Febrero: Bonn
"La ilusión perdida"

1973. Marzo: Bonn
"Un día subí a mi montaña"
1973. Marzo: Bruselas
"Yo seguiré viajando"
1973. Mayo: Gütersloh
"La cosa I"
1973. Junio: Madrid
"El encuentro"
1973. Octubre: Gütersloh
"La cosa II"
1973. Octubre: Madrid
"Morir . . . ahora"
1975. Febrero: Frankfurt a.M.
"Nada es extraño"
1975. Marzo: Frankfurt a.M.
". . . y soñar, soñé que esperaba"
1975. Marzo: Frankfurt a.M.
"Mi adiós"
1976. Noviembre: Madrid
"Mi espera"

POST-FACIO (1)

Escribo un *post-facio* porque creo es lo único que pueda redactarse después de una *re-presentación*.

De nada puede hablarse sin que antes algo sea al menos-re-conocible: declaraciones de propósitos o intenciones sólo en política tienen cabida. Por eso no he escrito un *pre-facio*: sólo puedo saber que *he hecho algo*, cuando me sorprende haciéndolo o concluyéndolo.

Ahora, una vez que mi "oración" ha terminado, comienza la *reflexión*. Mi "escepticismo" ciertamente no es abstencionismo: sólo puedo *dejar de hacer* aquello que aquí y ahora podría hacerse.

Las *palabras del corazón*, y mucho antes las *de la razón*, suponen un compromiso con el pasado. Y he dicho *con-promiso* —subrayadlo, por favor—: mi ayer es parte por ser fundamento, del ahora que soy. Lo se y así lo acepto.

Considero normal que mi pensamiento —o, lo que es lo mismo, mi estar ante personas y cosas— haya cambiado notoriamente: ¡pobres ideas y pobres vidas que se sacralizan de una vez por todas!

Sin duda, entre 1970 ("Esperar") y 1976 ("Mi espera") (2) el tiempo se ha detenido en muchos. Para mí *siete* años son lo suficiente para

(1). Del latín de Virgilio, *una-vez-hecho*; o del mío, *y-ahora-qué?*

(2). Consúltese más atrás la "biografía" de mi ensayo en *cuándo y dónde*.

realizar el milagro. Si os resulta más cómodo, pensad en la génesis de un pensamiento, aunque prefiero hablar del parto de un compromiso.

Que nadie interprete este post-facio como una justificación. No me vale la precisión. No creo en las auto- homo- u heterojustificaciones. El equilibrio, la "adecuación" total es ninguna justicia y ninguna verdad. Lo verdadero y lo justo es necesariamente la *in-justa verdad humana*.

Puede que algún día, en un mundo diferente y con hombres diferentes, sea posible la *re-conciliación*. De momento, sólo éste es nuestro tiempo: por ser nuestro, lo vivimos en *el mejor de los mundos posibles*.

Mientras Godod no llegue (1), os invito a entrar conmigo (2) en el trágido, aunque bello, paraíso de mis versos:

*Mañana
es posible que salga el Sol.
Pero aún no lo sé,
ni me importa.*

ROMAN REYES
Madrid, Diciembre de 1976

INDICE

(1). Véase la foto de la portada: Tirajana (Gran Canaria) 1938.
(2). Léase el texto de la contraportada: Madrid, 38 años después.

DEDICATORIA

I. Parte

PALABRAS DEL CORAZON

- I. El poema de la rosa*
- II. Esperar*
- III. Siempre que alguien sonríe . . .*
- IV. Un día subí a mi montaña*
- V. Yo seguiré viajando*
- VI. Yo estaba allí*
- VII. . . . y soñar, soñé que esperaba*
- VIII. El mar, la brisa y mi playa*
- IX. Mi adiós*
- X. Mi espera*

II. Parte

PALABRAS DE LA RAZON

- I. La expresión como mensaje*
- II. Las formas anímicas*
- III. El universo del otro*
- IV. El encuentro*
- V. La ilusión perdida*
- VI. La cosa I*
- VII. La cosa II*
- VIII. Nada es extraño*
- IX. Creo en la muerte que aguardo*

EPILOGO

Morir . . . ahora
Cuándo y dónde
Post-facio

Nací en Gran Canaria, muy cerca de Tirajana (Tunte), en un valle que llaman Fataga. Fue el 10 de Noviembre de 1943. Mis padres no eran dueños ni de "la hacienda y la casa", ni del "caballo y la pistola".

Unos dicen: que me llamo Román Reyes, que soy un tipo enigmático, que sufro, río y lloro al mismo tiempo y que utilizo la ironía –a veces el sarcasmo– para ocultar la tragedia que soy. Pero no me importa saberme hombre.

Otros dicen: que soy soñador y hasta borracho y mujeriego, a pesar de inteligente; que vuelvo a las andadas y que más que de mí mismo me preocupo de los otros. Pero tampoco me molesta sentirme de carne y hueso.

Hay quienes saben mucho más que yo: ignoro qué sea lo que oyen sin oír o qué hablan sin ver. Pero ni siquiera eso me inquieta: la vida es riesgo y prefiero –porque es lo único que tengo y soy– vivir en ella.

Otros saben: que estudié en Las Palmas (Gran Canaria) y en La Laguna (Tenerife) –con muchas dificultades, por cierto–; en Madrid y en Alemania –con menos– y que soy Profesor de la Universidad Complutense.

Los hay a quienes nada o poco de lo anterior importo. Para ellos soy simplemente eso: un "42. 646.363" o un "A.13.EC. 104.817"; un "T11042C0004" o un "28/1859198".

Para completar mi "currículum" falta naturalmente algo: "Vosotros, que os llamáis mis amigos, ¿quién decís que soy yo?".